

Esta verdad la vemos realizada en la visita que la Santísima Señora hizo á su prima Santa Isabel, según nos lo refiere el Evangelio que acabais de oír, pues tan pronto como Ella abre sus labios saludándola, experimenta ésta los saludables efectos de su presencia, y exclama llena ya del Espíritu Santo: „Ex quo facta est vox salutationis tuae in auribus meis, exultavit in gaudio infans in utero meo. „Luego que llegó la voz de tu salutación á mis oídos, la criatura dió saltos de gozo en mi vientre.„ ¡Ah sí! María en esa visita iba sirviendo de medio para la santificación del gran Bautista, santificación que su Hijo iba á obrar, y de este modo realizaba ya su oficio de dispensadora de los bienes del cielo.

De esta verdad se infiere, que si la vida sobrenatural de fe y de gracia es un don de Dios, lo que no puede negarse, no podemos recibirla sin que antes pase por las manos de María, y de consiguiente, que Ella es la Eva de la ley de gracia, la madre común de la familia cristiana, es el manantial de nuestra vida espiritual, y es en fin el tronco de ese árbol místico llamado Iglesia.

Mas esta verdad que así vemos con tanta claridad fundada y fielmente realizada respecto de la Iglesia Católica, vamos á verla también probada y convertida en realidad respecto de México, por operación de la Santísima Virgen de Guadalupe.

Todo el que cree en el milagro de la aparición Guadalupeana, no necesita para ver esta verdad más que reflexionar un poco sobre las palabras que la Santísima Virgen dirigió al felicísimo neófito Juan Diego. Ellas en efecto no son sino palabras de amor y de ternura, que contienen magníficas promesas en favor

nuestro, y estas promesas se reducen todas á manifestar, que María de un modo especial quedaba encargada de procurar y conservar nuestra dicha y bien espiritual.

*„Sábeta, hijo mio, muy querido (son sus palabras) que soy la . . . . . Madre del verdadero Dios Autor de la vida; y es mi deseo que se me labre un templo en este sitio, donde, como Madre piadosa tuya y de tus semejantes, mostraré mi clemencia amorosa, y la compasión que tengo de los naturales y de aquellos que me aman y buscan, y de todos los que solicitaren mi amparo, y me llamaren en sus trabajos y aflicciones; y donde oiré sus lágrimas y ruegos, para darles consuelo y alivio: . .*

.....  
 Todo esto ¿no significa claramente que nuestra fe y los auxilios que necesitamos de la divina gracia, nos han de venir de María de Guadalupe? Si la fe y la gracia son las que nos hacen vivir con la vida sobrenatural, según el Apóstol San Pablo: „Justus meus ex fide vivit.„ „Más mi justo vive por la fe,„ de qué otro modo podía la Virgen María manifestarnos y comunicarnos todo su amor y misericordia, sino dándonos aquello de que vivimos y de que Ella misma vivió? Y si las palabras de María al indio Juan Diego, contienen una promesa singular, como no podeis negarlo, ¿no será verdad que la dicha y bien espiritual de los mexicanos están en las manos de María de Guadalupe? Esto, á mi modo de ver, es indudable, y por consiguiente, bien puedo deciros, que si quereis vivir debeis manteneros fieles en la devoción de la Virgen del Tepéyac, porque Ella es nuestra tierna Madre y el manantial único de vuestra vida, y Ella la que solamente puede decir con toda verdad: „Qui

me invenerit, inveniet vitam et hauriet salutem a Domino.,

En confirmación de lo que llevo dicho, viene la autorizada voz de nuestro gran Pontífice León XIII, de este Pontífice Guadalupano, quien ha concedido tantas gracias en favor de nuestra querida Madre y de nosotros sus hijos, y quien entendiendo bien la verdad hasta aquí expuesta, ha estimulado y excitado vivamente á los Prelados y á los fieles todos de esta Iglesia Mexicana, á mantenerse firmes en la fe y amor de la Virgen que hoy honramos. Viene también en apoyo hasta aquello mismo que á primera vista parecería querer destruir, es decir, hasta los esfuerzos verdaderamente grandes con que el Infierno trabaja por arrebatarnos nuestra dicha. El Demonio sin duda conoce, que mientras México sea Guadalupano, nada podrá contra él, y de aquí nace el odio tan pertinaz y la guerra tan encarnizada que hace á nuestra causa. Pero no temáis; mientras vosotros mantengáis firmes vuestra fe y vuestro amor, los empeños de Satanás, no sólo serán vanos é inútiles, sino antes bien, servirán para engrandecer más y más á nuestra Reina y para aumentar gloriosamente sus victorias y sus triunfos.

Y habrá la Virgen Mexicana realizado su misión? Sí, á no dudarlo. Para convencerse de ello, basta leer nuestra Historia por lo que toca á lo pasado, y dar una ligera mirada alrededor de sí por lo que ve á lo presente. En lo pasado debemos comenzar por el año mismo de la Aparición, y veremos que desde luego empezó á cambiar notablemente el estado de las cosas, así en el orden temporal como también y principalmente en el de la regeneración espiritual de los

indios; de manera que ya me parece oír á aquella Iglesia naciente, lo que Santa Isabel dijo á María en su visitación: "Ex quo facta est vox salutationis tuae in auribus meis, exultavit in gaudio infans in utero meo., Desde que la voz de tu salutación llegó á mis oídos, el niño que traigo en mi seno ha dado saltos de gozo, porque ahora sí ya no habrá dificultades grandes para que haciéndolo yo nacer en los corazones de los moradores de estos pueblos, ellos lo alimenten y lo hagan crecer en sí mismos y en los otros, y así se realicen los designios de amor y misericordia que el Padre que me ha enviado tiene para con estos Reinos. No, no habrá dificultades, porque tú, que te has constituido su Madre, docilitarás sus oídos para que oigan las palabras de vida que yo les anunciaré; alumbrarás sus inteligencias, para que puedan conocer la verdad que les enseñaré, y moverás sus voluntades para que se rindan sumisos á los impulsos de la divina gracia, y así se hará de estos pobrecitos desgraciados, que hasta hoy han vivido en las tinieblas y en la sombra de la muerte, una porción escogida de hijos de Dios y de herederos del Reino de los cielos. Desde hoy se podrá decir de este pueblo, lo que el Señor ha dicho por boca del Real Profeta: „Populus quem non cognovi, servivit mihi, in auditu auris obediavit mihi., „Este pueblo que hasta aquí me había sido desconocido, porque andaba muy lejos de mí adorando dioses extraños, que eran hechura de sus manos, se ha rendido ya á mi servicio, y sólo al oír mi voz me ha obedecido., Y efectivamente, carísimos hermanos míos, según las historias más verídicas y autorizadas, desde que la Virgen María se dignó visitarnos, los indios acudieron á millares para reci-

bir el Santo Bautismo, y esto á tanto grado es cierto, que de aquí han tomado los Autores guadalupanos un argumento poderoso para fundar la verdad de la Aparición.

Si seguimos con nuestra mirada retrospectiva los tiempos posteriores hasta los nuestros, no podremos dejar de ver, que en todos ellos siempre ha experimentado el pueblo mexicano los saludables efectos de la amorosa protección de nuestra Madre y Reina, en las calamidades públicas lo mismo que en las aficciones privadas, en las necesidades temporales lo mismo que en las espirituales, y esto ha hecho que la fe y el amor de México hácia la Virgen de Guadalupe, siempre se hayan mantenido firme y profundamente arraigados en su corazón, no obstante los recios huracanes que se han levantado contra él, y que lo hubieran dejado sepultado en el abismo más profundo de horror y desgracia, si Ella tendiéndole su poderosa mano, no le hubiera salvado de los peligros presentes, dándole á la vez vigor y fortaleza para resistir los ataques futuros.

Y por lo que toca á lo presente, ¿qué ves cristiano pueblo que me escuchas? ¿no experimentas por ventura la salvadora influencia de tu tierna Madre? ¿á quién le debes esa fe que te anima, esa esperanza que te fortalece y esa caridad que te hace dejar tus hogares, abandonar tus negocios y exponerte á los peligros é incomodidades por venir á visitarla? ¿si no es Ella la que obra en tí tales cosas, dime quién es, para conocer yo la causa de tus dichas? Dime, por fin ¿á quién le debes el que no obstante los ataques que en estos últimos días se han dirigido contra la fe, devoción y culto de tu adorada Reina, tú, lejos

de sentirte desmayado y tibio en amarla, te sientes más fuerte y vigoroso? ¡Ah! á Ella y no á otro debes tantos favores y gracias. Ella es la que no olvidando ni un momento la palabra que tiene empeñada, ha oído tus súplicas, ha enjugado tus lágrimas, ha aliviado tus dolencias y te ha mostrado y comunicado todas sus misericordias y todo su amor. Ella es la que ha humillado á sus enemigos, haciéndolos retroceder confundidos y avergonzados. Sí, Ella que quebrantó la cabeza del Dragón infernal desde el primer instante de su concepcion, Ella que como en todos tiempos, en los nuestros ha sido la fortaleza de nuestra Iglesia, porque escrito está: „Inimicitias ponam inter te et mulierem, semen tuum et semen illius: ipsa conteret caput tuum, et tu insidiaberis calcaneo ejus.“ Enemistades pondré entre tí y la mujer, entre tu linaje y su linaje: ella quebrantará tu cabeza, y tú pondrás asechanzas á su calcañar. Sí, Ella siempre quebrantará la cabeza del Dragón, y si este pondrá asechanzas á su calcañar, jamás llegará á morderle.

En vista de todo lo expuesto, y que me parece bastante para el pueblo fiel á que me dirijo, creo poder ya concluir la primera parte de mi discurso, esto es: que México ha de ser fiel al amor y devoción sincera de la Virgen María de Guadalupe, si quiere vivir con la vida de la fe y de la gracia, porque Ella, como Madre suya que se ha constituido, es el manantial puesto por Dios para comunicársela: „Qui me venerit, inveniet vitam, et hauriet salutem a Domino. Pero por el contrario, perderá esa vida si se aparta de su devoción: „Qui autem in me peccaverit, laedet animam suam,“ y entro ya en la segunda parte.

No ocuparé mucho vuestra atención en esta parte, ya porque el tiempo no me lo permite, ni quiero causaros tedio, abusando demasiado de vuestra benevolencia; ya también, y principalmente, porque sentada la primera verdad, esta de que me voy á ocupar ahora, es en mi concepto tan clara y fácil de alcanzar, que para conseguirlo bastan sencillas reflexiones. Con efecto, mis amados hermanos, así como tratándose del amor y devoción en general á la Santísima Virgen, se enseña y se sostiene con sobrada razón por los Santos Padres: que como la devoción sincera á la Santísima Señora es señal de predestinación, así por el contrario lo es de reprobación el no tener esa devoción; así creo yo puede decirse de México tratándose de la devoción á la Virgen de Guadalupe, y por consiguiente, que nuestra Patria perderá la vida de fe y de gracia, si desafortunadamente llega á perder esa devoción. Pero ¿no será muy avanzado y temerario este mi aserto? yo creo que no, y vosotros lo veréis fácilmente si me prestáis especial atención sobre este punto. En qué se fundan los Padres de la Iglesia para asegurar que es una señal de reprobación el no ser devoto de María? ¿No es en las relaciones generales que esta Señora tiene con la Iglesia Católica? ¿No es por razón de ser Ella la medianera entre Dios y los hombres, la puerta del Cielo, el canal por donde el mismo Dios ha querido comunicarnos sus dones, por ser Ella el amparo de los justos y el refugio de los pecadores? Luego si María en su advocación de Guadalupe ha querido establecer con México esas mismas relaciones, y bajo este título especial quiere que la honremos ¿qué será de nosotros si perdemos esa devoción? ¿Habremos en este caso correspondido á su amor?

¿No es cierto que entonces con mucha justicia podría argüírsenos de ingratitud para con nuestra Madre? ¿Y qué merece un hijo ingrato con su madre? No otra cosa que el abandono de esa misma madre. Pero ¡oh desgracia si nuestra Madre nos abandona! porque entonces, no tendremos ya quien abogue por nosotros, no habrá quien contenga el brazo de la divina justicia, se cerrará para nosotros el canal de la misericordia y en consecuencia no nos quedará más que desgracia y muerte.

Antes de concluir, señores, quiero hacer una aclaración, para evitar errores que podrían causar inquietudes en las almas y funestas consecuencias. Al decir yo, como me habéis oído, que México si se aparta de la devoción de Santa María de Guadalupe, incurrirá en el abandono de esta amantísima y poderosísima Señora y por consiguiente en su reprobación, no ha sido mi ánimo sentar, que los mexicanos que por un descuido que en tantas personas no llega á constituir una enorme falta, ó los que por desidia irreflexiva parecen haberla olvidado, estén ya lanzados al abismo de la reprobación. No; yo sé muy bien que es Madre de misericordia, y que esta virtud precisamente con los miserables es con quienes se ejercita y practica, y de aquí infero, que á estos pobrecitos hermanos nuestros, pertenecientes sin duda al número de los miserables, Ella, Madre del Autor de la vida, como lo dijo al dichoso neófito, les ha de estar procurando su bien espiritual, lejos de abandonarlos. Tampoco ha sido mi mente afirmar, que los mexicanos ó México solo hayan de honrar á la Virgen María bajo el título de Guadalupe, sin que puedan hacerlo bajo otro título. No, nada de esto he querido decir,

sino solamente que México, como Nación, no puede rechazar ni impugnar, pero ni siquiera abandonar voluntariamente la devoción de nuestra Reina, sin incurrir en su reprobación; porque entónces si habrá pecado México contra María, y con el pecado más abominable, el de ingratitud; y escrito está: „Qui autem in me peccaverit, laedet animam suam.,”

Paréceme, Señores y hermanos míos, que con lo que dejo dicho he cumplido, aunque muy indignamente, mi misión, la que he aceptado sólo en fuerza de un deber, y de consiguiente que vosotros, por las sencillas reflexiones que os he hecho, habréis visto las dos verdades objeto de mi discurso: que México, para vivir con la vida de la fe y de la gracia, ha de ser fiel á la devoción de nuestra Augusta Reina Santa María de Guadalupe; pero si se aparta de su devoción perderá esa vida. „Qui me invenerit, inveniet vitam, et hauriet salutem a Domino: qui autem in me peccaverit, laedet animam suam. Réstame pues exhortaros, como vivamente os exhorto, á esa fidelidad, por el amor de vuestras almas, por el que debeis á vuestras familias y á nuestra amada Patria. Si; la Patria, la familia y el alma de cada uno de nosotros, están interesadas en esta fidelidad, y á todas les somos deudores de su más exacto cumplimiento. Seamos pues fieles, mis caros hermanos, en honrar á nuestra Madre, tributándole el culto que podemos é imitando sus virtudes. En esto consiste la verdadera devoción, única que nos puede salvar, y cualquiera otra que no vaya caracterizada con la imitación de las virtudes, es vana y falsa, propia para alucinar. No, esta no puede agradar á María, y si así la honráramos, podría justamente quejarse de

nosotros, como Jesucristo del pueblo judío: „Populus hic labiis me honorat: cor autem eorum longe est a me.,” Este pueblo con los labios me honra: más el corazón de ellos lejos está de mí. No; si queremos que María se muestre con nosotros como madre, es preciso que nos portemos como sus hijos y entonces si podremos decirle con confianza: „Monstra te esse matrem, sumat per te preces, qui pro nobis natus, tulit esse tuus.,”

Pero, Señora y madre nuestra, ¿cómo podremos cumplir con el deber de portarnos como hijos tuyos, si tú no nos lo concedes? Si todas las gracias y dones celestiales han de pasar por tus divinas manos, entonces también la fidelidad nos ha de venir de tí. Te decimos pues con San Agustín: „Da quod jubes, et jube quod vis. Da lo que mandas, y manda lo que quieras.,” Sí, Reina y Madre, vida y esperanza nuestra, vuelve á nosotros esos tus ojos, y ruega por nosotros á Jesús, fruto purísimo de tu vientre, para que nos hagamos dignos de sus promesas. Así sea.

